



## II «mistero del corpo parlante»

Le «mystère du corps parlant»

O «mistério do corpo falante»

The «mystery of the speaking body»

El «misterio del cuerpo hablante»

### *Del cuerpo indiviso al cuerpo hablante.*

Que el cuerpo no exista sino por el hecho de ser hablado, lo sabemos desde los comienzos de la enseñanza de Jacques Lacan. Ya frente al espejo, el niño sólo se anticipa en la imagen que recibe si una palabra viene a indicarle que él es ese otro (límites de lo imaginario). Es la condición necesaria, pero no suficiente, para evitar el triste fin de Narciso ahogado en su propio reflejo. No suficiente, porque no hay palabra que pueda constituir un hábitat corporal sin falla alguna (límites de lo simbólico), traicionando así en el fracaso de su intento la imposibilidad de reducir el todo de lo viviente (persistencia de lo real).

Que el cuerpo hable, que sea cuerpo hablante, es una indicación más reciente que sin embargo no invalida lo que precede, sino que permite encontrar nuevos recursos para orientarse en la clínica ordinaria y renovar el modo de abordarla.

De tal modo cabe releer estos extractos de las “*Dos notas sobre el niño*” escritas por Lacan en 1969: “(El niño) satura al substituirse a este objeto (a, en el fantasma materno) el modo de falta en que se especifica el deseo (de la madre)”, “dándole cuerpo, existencia”. “El síntoma somático del niño le da el máximo de garantía a este desconocimiento (de la madre sobre su propia verdad)” “ Resulta así que en la medida de lo real que presenta, se halla ofrecido a un mayor soborno en el fantasma.<sup>1</sup>».

Es a partir de lo desconocido del deseo del Otro, materno si se da el caso, como el sujeto se encuentra a la vez dividido por su propia falta. Ahora bien, el niño de que habla Lacan en sus “*Notas*”, el que encuentra una madre cuya falta satura con su síntoma somático, cree saber lo que ella quiere. Le ofrece a ese Otro “que está ahí”, desde luego, dice Lacan<sup>2</sup>, (pero quizás demasiado), ese pedazo de cuerpo que dis-funciona y obtiene a cambio la respuesta condicionada solamente a la necesidad (de ser protegido, escribe Lacan en las “*Notas*”). La fijación de goce que resulta de este funcionamiento podría situarse en la juntura entre lo imaginario y lo real, allí donde Lacan coloca en el *Seminario II*, lección del 26 de enero de 1955, la diferenciación entre el auto-cierre del sujeto, posición estrictamente narcisista, y su apertura al deseo del Otro. Pero el paso de una posición a otra supone que a la alineación suceda la separación.

<sup>1</sup> Lacan J., « Deux notes sur l'enfant », *Autres écrits*, Paris ; Seuil, 2001 et *Ornicar ?* n°37, avril/juin 1986, p.13 et 14.

<sup>2</sup> Lacan J., Le séminaire livre XI, *Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*, Paris ; Seuil, 1973, leçon du 3 juin 1964.

Si damos un salto de varios años, a “*La Tercera*” y luego a los seminarios ulteriores, Lacan coloca en la intersección de los registros imaginario y real, el goce del Otro. El niño enfermo de su madre se hallaría inmerso en un goce que está en indivisión con el goce del Otro. Habita su cuerpo como inquilino, es el Otro quien posee su usufructo. Mientras que le es difícil desaparecer del campo cerrado de la fijación (alienación) para no reaparecer sino entre los significantes que lo representan (separación). Lacan menciona una imposible *aphanisis*, condición del deseo más que temor de su ausencia.

Sin embargo, perdura el misterio que implícitamente puede deducirse ya de las “*Notas*”. No hay destino común a semejante situación, el empuje hacia la vida es en sí un dato indeterminable. El niño que se agarra a un lazo indiviso con la madre puede volverse un poco más débil de lo que la estructura lo supone o bien “escoger” la indecisión de la psicosis, desde luego. Pero uno por uno, los pequeños *hablases* pueden también extraerse de ese lazo, que nunca es total, porque hay que contar con el goce del Otro que excede lo fálico y que ningún objeto colma, lo cual permite que haya dudas sobre la absoluta satisfacción materna. Con eso, y alguna oscura decisión del ser, el niño puede hacer de su síntoma somático un “evento de cuerpo”, o sea un síntoma del cuerpo hablante; o incluso, de ser estructuralmente necesario, un *síntoma* que anude borromeamente los tres registros de una manera particular a partir de los nudos de lo imaginario y lo real.

Martine Menès  
mayo de 2010  
(trad. Sol Aparicio)